

El cuento solidario 5

# Roma paramici (Cuentos gitanos)

Selección y adaptación:

José Antonio Lago

Ilustrado por:

Micaela Flores Amaya «La Chunga»



Edita:



© De la edición: Fundación Hogar del Empleado  
© De la adaptación: José Antonio Lago  
© De las ilustraciones: Micaela Flores Amaya

ISBN: 84-95801-14-0  
Depósito Legal: M-?????-2003  
Diseño: La Mar  
Imprime: Cristal

**Un año más,** el Cuento Solidario acude puntualmente a su cita con los lectores, y en esta ocasión lo hace trayendo bajo el brazo una colección de relatos gitanos, en su mayor parte de origen popular. Pocos pueblos tan adecuados como el gitano para simbolizar lo que entre nosotros ha representado la imagen del «otro» durante un tiempo que se nos antoja, a todas luces, excesivamente largo. Los gitanos, cingáros, bohemios, romanís o calés, que por estos y muchos otros nombres son conocidos en todo el mundo, han sido, desde que tenemos noticias de ellos (y estas noticias se remontan en nuestro país al remoto año de 1447), un pueblo sin patria, un pueblo perseguido, humillado, oprimido y marginado; una raza declarada maldita y arrojada extramuros de las ciudades. A los gitanos se les ha colgado el sambenito de ladrones y asesinos, cuando no de brujos; se les ha sometido a infames pragmáticas, como la de los Reyes Católicos, de infausta memoria; han tenido el dudoso privilegio de conocer la persecución de los nazis; y, en alguna ocasión, se les ha llegado, incluso, a marcar a hierro como al ganado.

En este contexto, no es extraño que los gitanos se hayan visto obligados desde siempre a asumir el papel de nómadas y vagamundos, pues apenas se les ha permitido ejercer otro oficio que el de herreros o *petulengros* y feriantes; y a nadie

puede sorprender que un pueblo sometido a condiciones tan duras e inhumanas haya resultado prácticamente ágrafo y apenas haya dejado huellas escritas de su rica y variopinta tradición. Sin embargo, y a pesar de tantas penalidades, los gitanos pudieron mantener viva su tradición oral, y generación tras generación, reunidos en torno a las hogueras de sus campamentos, se han transmitido de padres a hijos sus relatos y sus coplas:

<i>Per buchías e caba burdipén</i>	<i>(Por cosas de este mundo</i>
<i>nardián en trinquelés;</i>	<i>nunca te apures;</i>
<i>sos ne aisna panipén</i>	<i>que no hay mal</i>
<i>sos ne merelé</i>	<i>que no acabe</i>
<i>ne mistó sos soralé.</i>	<i>ni bien que dure.)</i>

Como dice el escritor gitano canadiense Ronald Lee, de todas las historias que quedan por contar, es la de los gitanos la más extraordinaria. De modo que sirvan estos «Cuentos Gitanos» como nuestra modesta aportación a la recuperación de la memoria viva de este pueblo. Y, aunque yo no *chano* la *chiptí-callí mistó*, sí *chamuyo* lo suficiente como para despedirme con un último poema en caló:

<i>Saró an jelén sin fané;</i>	<i>(Todo en amor es triste;</i>
<i>bus fané y saró,</i>	<i>mas triste y todo,</i>
<i>sin o fendí sos charniqué.</i>	<i>es lo mejor que existe.)</i>

¡Sastipén!

Roberto Rey.  
*Director del Centro de Innovación Educativa*



# Roma paramici (Cuentos gitanos)



## El origen del violín

**Érase** una vez un matrimonio *calé* que no tenía hijos. Estaban muy apenados por ello y cada noche suspiraban por tener al menos uno. Una noche que habían acampado en el centro de un bosque espeso, la mujer fue a buscar agua al riachuelo que corría a pocos pasos de allí y se encontró a una anciana que le dijo:

—Lloras porque quieres tener un hijo, ¿verdad? Pues vuelve a tu casa, parte una calabaza por la mitad, echa leche dentro y después bébetela. ¡Tendrás un hijo que será rico y feliz!

Dicho esto, la anciana se esfumó, dejando tras de sí un intenso perfume a nardos. La mujer regresó a su carromato a toda prisa, le explicó a su marido el extraño consejo que había recibido y los dos corrieron a buscar una calabaza para hacer lo que había dicho la anciana.

Al cabo de nueve meses tuvieron un hijo tan moreno y primoroso que daba gusto verlo. Y aquella familia fue muy feliz hasta que, muchos años después, el padre y la madre murieron. Entonces el muchacho, Yosa, que había crecido en edad y valentía, se dijo:

—¿Qué voy a hacer aquí solo? ¡Me iré a ver mundo!

Fue de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, hasta que un día llegó a la capital del país, donde vivía un rey que tenía una hija bellísima. El rey había prometido la mano de la princesa a aquel de sus súbditos que supiera hacer algo que nunca se hubiera hecho antes y que fuera, además, bueno para todo el reino.

Cuando Yosa se enteró, fue a ver al rey y le dijo:

—Majestad, quiero casarme con vuestra hija. ¿Qué debo hacer?

—¡Menuda pregunta! ¿Y tú quieres casarte con mi hija? —respondió el rey— ¿Cómo vas a ser capaz de hacer algo nuevo y bueno, si no eres más que un pobre vagabundo harapiento que, por no tener, no tienes ni casa? Yo te daré un hogar muy adecuado para alguien tan atrevido y pedigüeño como tú. ¡Llevadlo a las mazmorras!

Y encerraron al pobre muchacho en una mazmorra oscura como boca de lobo. Allí estaba Yosa, triste y abatido, cuando, de repente, sintió un intenso perfume a nardos, que era como un bálsamo para su tristeza. Unos instantes después, se le apareció una dama bellísima de larga cabellera, que despedía un gran resplandor. No era otra que Matuya, el hada de los pájaros. En las manos llevaba una varita y una calabaza hueca y alargada. El hada se las dio al joven, diciendo:

—No te preocupes. Todavía puedes lograr la mano de la princesa. Aquí tienes una calabaza y una varita. Arranca algunos cabellos de mi melena de cisne y ponlos, bien tensados, a lo largo de la calabaza y de la varita.

El joven pensó que lo mejor era hacer lo que le decían. Con mucho cuidado, arrancó un mechón de cabellos del hada y los tensó a lo largo de la calabaza y de la varita. Una vez hecho esto, se volvió hacia el hada, interrogándola con la mirada.

—Con esta calabaza haremos un violín —dijo el hada—. Con él podrás conseguir que la gente se ponga triste o contenta a tu voluntad. Si están tristes, se alegrarán, y si están contentos, llorarán. Lo que tú decidas.

Entonces, el hada hizo unos agujeros en forma de «efe» a ambos lados de la calabaza. Acercó la boca a uno de los agujeros y empezó a reír y reír para meter muchas risas en su interior. Después, acercó los ojos al otro agujero y empezó a llorar y llorar para meter muchas lágrimas en su interior. Y entonces le dijo a Yosa, que la miraba muy extrañado:



—Ahora, frota y frota la varita contra la calabaza, pues se ha convertido en un violín —y dicho esto, Matuya desapareció tan misteriosamente como había llegado.

Yosa intentó hacer lo que Matuya le había dicho, y del violín salieron unas notas como jamás se habían escuchado en ningún lugar del mundo. Unas melodías tan hermosas que conmovían a los corazones alegres y alegraban a los corazones tristes. Los carceleros aguzaron el oído para escuchar aquella música tan dulce y tan estremecedora que salía de la mazmorra y pidieron a Yosa que tocara más y más. Pero él les dijo:

—Si queréis que siga tocando el violín, tenéis que llevarme ante el rey —y se dirigieron todos a la sala del trono.

Ya en presencia del rey, Yosa exclamó:

—Escuchadme, Majestad, sé hacer algo nuevo y bueno, distinto de todo lo que hay en el mundo —y empezó a tocar el violín con gran habilidad.

El rey lloraba y reía a la vez de lo emocionado que estaba. La princesa también reía y lloraba, porque nunca había oído algo tan hermoso. Y toda la corte estaba embelesada y tenía ganas de bailar y cantar siguiendo la música de aquel instrumento que nadie había oído ni visto hasta entonces.

Naturalmente, el rey aceptó que el músico se casase con la princesa. Y desde aquel día, en el palacio se escucharon las notas melancólicas o alegres de aquel violín, que tanto placer y tanta paz llevaba a los corazones de la gente.

Y así fue como el violín vino al mundo.



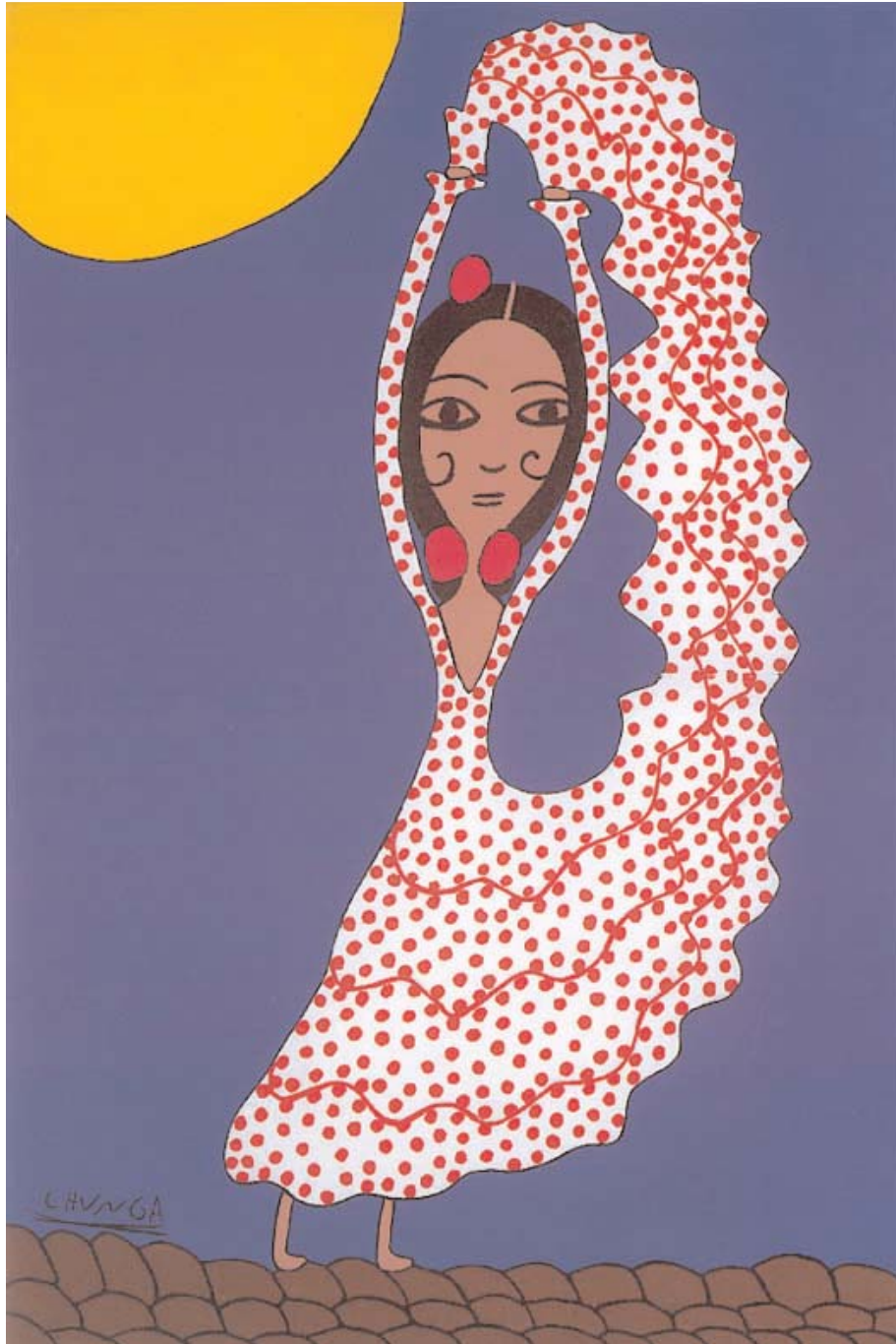


# La Creación

**En** el momento de la Creación, Dios quiso hacer a los seres humanos a su imagen y semejanza, así que cogió harina y agua, hizo una pasta y modeló con ella pequeñas figuritas. Después las colocó en el horno celestial para que se endurecieran, pero por desgracia se distrajo con otra cosa y se olvidó de ellas. Cuando regresó a sacarlas, se habían quemado: éstos fueron los primeros hombres negros. Acto seguido, Dios cogió más harina y más agua, dio forma a la mezcla y volvió a meter las figuras en el horno. Le preocupaba que pudieran quemarse de nuevo, así que las sacó antes de que estuvieran cocidas: de ellas proceden los primeros hombres blancos. Al tercer intento, Dios decidió crear el tiempo y un reloj, para asegurarse de que la cocción durara lo justo, y cuando sacó las figuras del horno, estaban en su punto, perfectamente doradas.

Éste es el origen de los gitanos.





# La princesa encantada

**Érase** una vez una rica pareja *calé* que tenía tres hijos. Cada vez que los padres preguntaban a sus hijos si querían casarse, todos ellos respondían decididamente que no. Cuando los padres murieron, los hijos heredaron una fortuna, pero aún seguían solteros, así que el hijo mayor dijo:

—Hace mucho tiempo que estamos solteros, y nunca encontraremos esposa en este lugar. Viajemos por el mundo hasta encontrar una buena esposa, como querían nuestros padres.

Emprendieron la marcha, y cuando se les rompieron los zapatos se hicieron otros de hierro y siguieron su camino a pie y a caballo. Estuvieron en muchos sitios, pero no conseguían encontrar esposa. Ninguna mujer les parecía digna de ellos.

—Sigamos buscando —dijo el hermano mayor, y entonces recordó que antes de morir sus padres les habían dicho:

—Coged cada uno una de estas tres piedras, y cuando queráis una mujer, tiradla hacia atrás por encima del hombro.

Todavía no querían tirar las piedras, pero ya habían viajado por el mundo entero, y hasta habían destrozado sus zapatos de hierro, así que cuando finalmente regresaron, el hermano mayor dijo:

—Estoy tan cansado que me casaré con la primera mujer que se presente.

Cogió su piedra y la tiró por encima de su hombro, y cuando se dio la vuelta, se encontró con una bella mujer. Así que, ni corto ni perezoso, le pidió que se casara con él, y se marchó con ella a su casa. Entonces el hermano mediano dijo:

—¿Acaso voy a ser yo menos que mi hermano mayor?

Así que tiró su piedra, apareció otra mujer y se fueron juntos. Acto seguido, el hermano más joven dijo:

—¿Es que voy a ser yo menos que ellos?

Y arrojó su piedra, pero esta vez cayó en una charca. Apareció una rana, que le miró y le dijo:

—Yo seré tu esposa.

El hermano menor replicó:

—No quiero.

Y la rana contestó:

—Tienes que casarte conmigo.

Pero el joven se fue a su casa y cerró la puerta, pensando que había dejado a la rana en la charca; pero, de repente, oyó que le decían:

—Estoy aquí.

—¡Sal de aquí! —contestó él enfadado— ¡Mis hermanos tienen mujeres de verdad y tú no eres más que una rana!

—¿Cómo voy ser una rana —contestó ésta—, si estoy hablando contigo? Soy una princesa; pero tú no ves más que una rana porque me han echado una maldición.

—¡Vete! —insistió el joven.

—¡No! —replicó la rana.

Agotado de tanto discutir, el joven acabó por quedarse dormido, y mientras estaba durmiendo, la rana se convirtió en una bella mujer. Calentó agua, lavó la ropa, arregló la casa e hizo la comida, pero se convirtió de nuevo en rana antes de que al joven le despertara el olor a comida. Entonces exclamó:

—¡Alguien ha ordenado la casa y preparado la comida!

Pero, cuando preguntó quién había hecho todas esas cosas, nadie le respondió. Al rato, sus dos hermanos llamaron a la puerta:

—¡Abre y déjanos ver a tu esposa! —dijeron.

Pero el hermano menor no abrió la puerta y gritó:

—¡No puedo, está enferma! —y los hermanos se fueron.

Cuando el emperador se enteró de que los tres hermanos se habían casado, les envió un mensaje ordenándoles que sus esposas le hicieran una colcha lujosamente decorada. Cuando el hermano mayor recibió la carta y le contó a su mujer lo que el emperador deseaba, ella le pidió hilos, perlas y todo lo necesario para bordar. Lo mismo ocurrió con la esposa del segundo hermano. Pero cuando el tercer hermano leyó la carta, se puso a llorar. La rana le preguntó por qué lloraba, y él contestó que el emperador quería que su mujer le hiciese una espléndida colcha.

—No te preocupes —dijo ella—. Tú sólo tráeme los hilos más caros y la seda y el satén más lujosos.

Así lo hizo él, y la rana le dijo:

—Tú duerme, que yo me encargo de todo.

El joven se durmió y la rana cogió la tela y el hilo. Sopló tres veces y la colcha estaba terminada: su aliento convirtió el satén, la seda y los costosos hilos en perlas y diamantes. Después la guardó en una caja. Al despertarse, el joven preguntó a la rana:

—¿Has hecho la colcha?

—Sí —respondió la rana—, pero no la mires. Lleva esta caja al emperador y dile que cierre las ventanas, que apague las luces y que sólo entonces desenrolle la colcha.

—Haré lo que dices —respondió él.

Los tres hermanos fueron juntos a ver al emperador. El hermano mayor le mostró una colcha preciosa y lo mismo hizo el hermano mediano; pero el hermano menor dijo:

—Majestad, os mostraré la colcha tal como me ha pedido mi esposa: las ventanas deben estar cerradas y las luces apagadas.



Cuando apagaron las luces, corrieron las cortinas y desenrollaron la colcha para que la vieran, la oscuridad se tornó luz. La colcha estaba toda cubierta de pequeños diamantes y era tan hermosa que el emperador perdió el conocimiento. Le pellizaron en la nariz, y al reanimarse exclamó:

—¿Qué prodigio de mujer ha sido capaz de hacer esta colcha? Vete a tu casa y dile a tu esposa que construya un puente de oro para que pase la gente a mi palacio y un puente de plata para que pasen los carruajes y los caballos.

Cuando el joven llegó a su casa, la rana ya sabía lo que el emperador había dicho, y ya había construido los puentes de dos pequeños soplidos. Cuando el emperador miró por la ventana, vio dos pequeños puentes, uno de oro y otro de plata, y se dijo:

—¡Dios mío! ¡Qué prodigio de mujer! ¡Tengo que traerla a palacio! —y mandó llamar a los hermanos, pidiéndoles que fueran a verle con sus esposas.

Los dos hermanos mayores llamaron a la puerta del más joven y le preguntaron:

—¿Podemos ver a tu esposa por fin?

—No, todavía está enferma —respondió éste.

Cuando se marcharon, el menor rompió a llorar.

—¿Por qué lloras? —le preguntó la rana.

—El emperador ha dicho que me cortará la cabeza si no te llevo a palacio —respondió él.

Y la rana contestó:

—No temas. Cuando sea medianoche me convertiré en mujer. Pero no me mires, porque si lo haces seguiré siendo una rana el resto de mi vida. Vete a dormir inmediatamente y no se te ocurra mirarme ni siquiera un momento.

El joven asintió. Y cuando el reloj dio las doce, la rana se convirtió en una preciosa mujer con una cabellera rubia que le llegaba hasta el suelo, ojos verdes, una cara adorable y una esbelta figura. Cuando el joven se despertó, y vio que la rana se había convertido en una bellísima mujer, se quedó mudo de la impresión. Ella le dijo:

—Es el momento de ir a palacio.

Cuando sus hermanos vieron a su esposa, se quedaron atónitos.

—¿De dónde la has sacado? —preguntaron.



—La encontré de la misma forma que vosotros a las vuestras —contestó él.  
Cuando entraron en el palacio, el emperador vio a la esposa del hermano mayor, que era muy bella. Después vio a la esposa del hermano mediano y les dijo a los dos:

—Espero que ambos disfrutéis de una larga vida juntos.

Acto seguido le dijo al hermano menor:

—Supongo que tú no has podido traer a tu esposa, la que me ha hecho esa soberbia colcha y esos puentes.

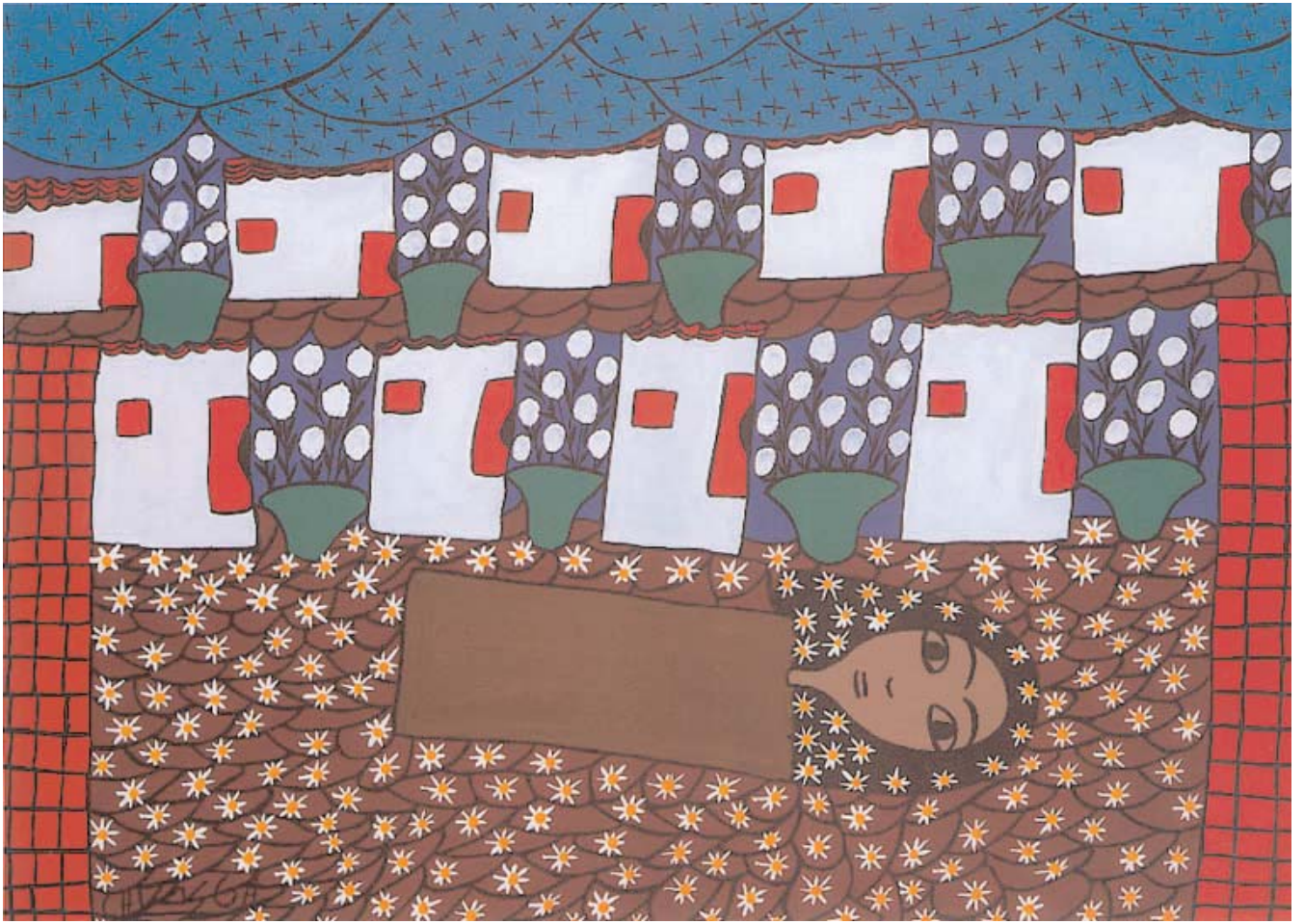
Pero entonces vio a la mujer, y de nuevo se desmayó. Tuvieron que pellizcarle otra vez la nariz y darle una bofetada para que volviera en sí. Entonces dijo:

—Doy la mitad de mi reino a esta mujer y a su esposo.

La joven se llamaba Anuska y su marido Jolska. Hicieron un gran banquete de bodas y todos comieron y bebieron.

Y así es como termina esta historia.





# Por qué los gitanos viven dispersos por todo el mundo

**Hace** mucho, mucho tiempo, un gitano viajaba con su familia en su carromato. Su caballo era flaco y enclenque, y a medida que la familia iba creciendo, le resultaba más difícil tirar de la pesada carreta. Ésta pronto se llenó tanto de niños que el pobre caballo apenas podía avanzar a trompicones por el camino lleno de baches. A medida que la carreta daba tumbos, inclinándose primero a la izquierda y luego a la derecha, las cacerolas y las sartenes se iban cayendo, y de vez en cuando algún niño descalzo daba también con su cabeza en el suelo.

Lo peor no era durante el día, cuando se podían recoger los niños y las cacerolas, sino por la noche, cuando no se veía nada. En cualquier caso, ¿quién podía llevar la cuenta de una familia tan grande? Y el caballo seguía recorriendo a duras penas su camino. El gitano viajó por toda la Tierra, y allá donde iba, dejaba un niño tras de sí: un niño, otro, otro más...

Y así es cómo los gitanos se dispersaron por toda la Tierra.





## El arbusto maravilloso

**Había** una vez un pobre campesino que tenía tres hijos, dos de ellos listos y uno tonto. Un día, el rey dio un banquete al que invitó a todos sus súbditos. Los dos hermanos listos se fueron al banquete, dejando a su hermano en casa, acurrucado junto al hogar de la chimenea. Éste le pidió a su madre que le dejase ir con sus hermanos, pero la madre le respondió:

—Tus hermanos han ido allí a contar historias, pero tú no sabes nada. ¿Qué podrías contar tú?

El chico siguió suplicando a su madre que le dejara ir, pero ella se mantuvo en su negativa.

Un día, el rey hizo construir una torre en sus dominios, alojó a su hija en lo más alto y después anunció que el que consiguiera besar a la princesa, la obtendría en matrimonio. Numerosos príncipes y nobles acudieron presurosos al lugar, pero ninguno de ellos pudo llegar tan alto. El rey decretó entonces que los campesinos también podían probar suerte.

Cuando la noticia llegó hasta la casa donde vivía el campesino con sus tres hijos, los dos hermanos listos partieron hacia la torre. El otro fingió que iba a buscar agua, pero en lugar de eso, fue hasta un arbusto que conocía y lo golpeó tres veces con una varita. Al instante apareció un hada, que le preguntó:

—¿Qué deseas?

—Quiero un caballo de plata, vestiduras de plata y mucho dinero —respondió él.

Después de que el hada le hubiese concedido sus tres deseos, el muchacho



emprendió la marcha. ¿Y a quién creéis que se encontró por el camino si no a sus dos hermanos?

—¿A dónde os dirigís? —les preguntó.

—Vamos al palacio —le respondieron ellos, que no le habían reconocido—, pues el rey ha instalado a su hija en lo más alto de una torre y ha prometido que aquel que consiga besarla se convertirá en su esposo.

El joven se bajó del caballo, cogió un palo y comenzó a golpear a sus hermanos con él; después les dio tres ducados a cada uno y continuó su camino solo. Cuando llegó al palacio, todos los grandes señores contemplaron admirados a aquel príncipe desconocido, montado en un corcel de plata y vestido con atuendos de plata. El joven dio un gran salto y casi llegó hasta la alcoba de la princesa, pero cayó al suelo de nuevo y se marchó sano y salvo. Se fue derecho hasta el arbusto y lo golpeó tres veces. El hada apareció de nuevo y le preguntó:

—¿Qué deseas ahora?

Él le pidió que escondiese el caballo y las ropas. Después cogió sus cubos de agua y volvió a su casa.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su madre.

—He estado cogiendo agua —respondió él.

Cuando regresaron sus hermanos, su madre les pidió que le contasen lo que habían visto.

—Madre —respondieron—, vimos a un príncipe montado en un corcel de plata y todo vestido de plata. Nos preguntó a dónde íbamos, le dijimos que íbamos al palacio del rey, y entonces nos dio una buena paliza y después nos dio tres ducados a cada uno.

La madre cogió el dinero encantada, pues era muy pobre y con él podría comprar comida. Al día siguiente, los dos hermanos partieron otra vez hacia el palacio. La madre le dijo a su otro hijo:

—Ve por agua.

El muchacho salió por el agua, pero dejando sus cubos junto al pozo, corrió hasta el arbusto, lo golpeó tres veces y el hada se le apareció de nuevo.

—¿Qué deseas? —le preguntó.

—Quiero un caballo de oro, vestiduras de oro y mucho dinero —respondió él.

El hada le dio un caballo de oro, ropas de oro y una gran bolsa de dinero. El muchacho se fue y, en el camino, se volvió a encontrar a sus hermanos. Estaca en mano, cargó contra ellos, propinándoles una buena paliza; después les dio diez ducados a cada uno. Luego siguió hasta el palacio, alcanzó el aposento de un solo salto y dio un beso a la princesa. Después se montó en su caballo y se alejó de allí tan rápido como el viento. Cuando llegó al arbusto, llamó al hada y le dijo:

—Esconde el caballo y las ropas.

Se volvió a poner sus viejos harapos, cogió los cubos de agua y regresó a su casa. Más tarde llegaron sus hermanos, y la madre, al verlos tan magullados, les preguntó:

—¿Quién os ha puesto en este estado?

—Fue el mismo príncipe de la otra vez, madre —contestaron ellos.

—¿Y por qué no os habéis quejado al rey? —replicó ella.

—Es que nos dio diez ducados a cada uno —le respondieron.

—No os dejaré volver al palacio —dijo la madre.

—Madre —le contestaron—, han apostado centinelas por toda la ciudad para arrestar al príncipe, pues ha conseguido besar a la hija del rey y después se ha dado a la fuga; pero nosotros lo atraparemos.

Pocos días más tarde, los dos hermanos volvieron a emprender viaje, dejando a su otro hermano tumbado junto a la chimenea.

—Ve a coger leña —le dijo a éste su madre.

Pero él se fue hasta el arbusto y lo golpeó tres veces. El hada apareció y le preguntó:

—¿Qué deseas?

—Quiero un caballo de diamante, vestiduras de diamante y mucho dinero —contestó él.

Cuando lo tuvo todo, emprendió la marcha. Por el camino alcanzó a sus dos hermanos, pero esta vez no les pegó, sino que le dio veinte ducados a cada uno. Cuando llegó a la ciudad, los nobles intentaron capturarlo; pero él dio un salto hasta el alto aposento de la torre, besó a la princesa por segunda vez y ella le dio su anillo de oro. Los presentes trataron de detenerle, pero él les dijo:

—Ni con toda la astucia del mundo podríais cogerme —y escapó como el





rayo. Llegó hasta el arbusto, lo golpeó tres veces y pidió al hada que escondiese el caballo y las ropas. Después recogió algo de leña y volvió a su casa.

Cuando llegaron sus hermanos, la madre les preguntó cómo les había ido.

—Madre —respondieron—, a ese príncipe no hay quien lo atrape.

—¿Y no os ha pegado esta vez? —preguntó la madre.

—Al contrario —le respondieron—, nos ha dado veinte ducados a cada uno.

Poco después, el rey dio otro banquete y decretó que asistieran todos los príncipes, para que su hija pudiera identificar entre ellos a su futuro marido. El banquete duró cuatro días, pero el príncipe no se presentó, y el rey ordenó celebrar un tercer banquete, al que invitó también a todos los campesinos y mendigos del reino. Este banquete duró una semana, pero el príncipe desconocido tampoco apareció. Entonces el rey ordenó a sus sirvientes que fueran casa por casa hasta encontrar al hombre que tuviese el anillo de la princesa. Los sirvientes fueron de casa en casa, registrando a todos los hombres que encontraban a su paso. Por fin llegaron a la casa donde vivían los campesinos con sus tres hijos. Tras registrar a toda la familia, los enviados del rey preguntaron quién era el chico que estaba tumbado junto a la chimenea.

—Dejadlo —dijo la madre—, es un pobre diablo.

—No importa —contestaron ellos—, el rey ha ordenado que registremos a todo el mundo.

Entonces descubrieron que el chico tenía el anillo de oro en un dedo.

—De modo que tú eres el listo que estamos buscando —exclamaron.

—Así es —respondió él.

Entonces se lo llevaron. No llevaba puesto nada más que una vieja camisa y una capa completamente raída y hecha jirones, y así lo llevaron a presencia del rey.

—¿Es éste de verdad? —preguntó el rey extrañado.

—El mismo, Majestad —le respondieron; y le mostraron el anillo.

El rey ordenó entonces que le hiciesen unos lujosos vestidos lo antes posible; y cuando se los puso, tenía un aspecto tan magnífico que el rey se sintió complacido.

Enseguida celebraron la boda, y vivieron felices con la ayuda de Dios.





# Por qué los gitanos no tienen alfabeto

**Érase** una vez un rey de los gitanos que llevaba el alfabeto gitano escrito en unas hojas de col enrolladas, ya que no tenía una biblioteca donde guardarlo. Pero un día, el rey se quedó dormido junto a un riachuelo, llegó un burro y se comió las hojas de col.

Y por eso los gitanos no han escrito nunca en su propa lengua.





## Los hijos del rey

**Érase** una vez un rey que, cuando llegó a viejo, aún no había tenido un hijo que pudiera heredar su reino. El rey se sentía muy desgraciado, y la reina no sabía qué hacer. Había visitado muchísimos médicos, hecho peregrinaciones, rezado mucho y gastado gran cantidad de dinero, pero todo era en vano. Un día que el rey y la reina estaban paseando en su coche de caballos, se cruzó en su camino una gitana que pedía limosna. El rey le lanzó un ducado, la gitana lo cogió y le dijo a la reina:

—Enseñadme vuestra mano, noble señora, y permitidme leer en ella vuestros deseos.

La reina le mostró la mano a la gitana.

—Veo que tenéis una pena muy grande, si Vuestra Majestad me da otra moneda como ésta, tal vez pueda ayudaros.

El rey le dio otro ducado y la gitana le dijo lo siguiente:

—Mañana antes del amanecer, id a pescar al río. Devolved a la corriente las dos primeras piezas que pesquéis. Pero la tercera, lleváosla a vuestro palacio y dádsela de comer a vuestra esposa. Ella debe cocerlo y comérselo entero, sin desperdiciar el más ínfimo trozo ni permitir que nadie coma la más mínima parte de él. Si así lo hacéis, tendréis lo que tanto anheláis.

Al día siguiente, antes de amanecer, el rey cogió sus útiles de pesca, se fue al río e hizo todo lo que la gitana le había dicho. Devolvió las dos primeras presas al río y al cabo de un rato la caña de pescar se tensó de nuevo. El rey tiró con todas sus fuerzas y, finalmente, sacó el pescado más grande que había visto en su vida. Se lo llevó a palacio y se lo dio a la reina, que a su vez se lo dio a la cocinera, ordenándole que lo cocinase para ella exclusivamente, sin desperdiciar el más mínimo trocito e insistiendo en que se lo trajera entero.

A la cocinera no le gustó lo que la reina le mandaba, pues había servido al rey durante cuarenta años y nunca había preparado un pescado sin antes limpiarlo cuidadosamente. Así que abrió el pescado, le cortó la cabeza y la cola y se las echó a la perra. Sazonó el resto, lo colocó en una fuente, cubriéndolo con un poco de manteca, y lo puso a cocer. Al cabo de un rato quiso comprobar si el pescado estaba listo, cortó un trocito y lo probó. Entonces, llevó el pescado a su señora.

—¿No te he dicho que el pescado debías hacerlo de una sola pieza? ¿Dónde están la cabeza y la cola? —preguntó la reina enfurecida.

Cuando la cocinera vio que su señora estaba tan enfadada, decidió mentir.

—Por descuido he dejado el pescado en el fuego más tiempo del necesario y se ha deshecho, por eso no podéis distinguir la cabeza ni la cola.

La reina la creyó y comenzó a comer. La fuente estaba tan llena que no pudo comérselo todo de una vez. Comió pescado por la mañana, al mediodía y por la noche durante tres días y cuando, por fin, terminó con él, quedó tan harta de pescado que no lo pensaba volver a probar en su vida. Poco después, la reina informó al rey de que iba a tener un heredero. Éste se puso loco de contento. Unos instantes después, llegó la cocinera y le anunció a la reina que ella también iba a tener un niño. La reina le dio la enhorabuena y le dijo que el niño se criaría con el suyo.

A su debido tiempo, la reina dio a luz un hermoso niño y el mismo día y a la misma hora la cocinera dio también a luz un niño que era la auténtica imagen del hijo del rey. Pero eso no fue todo, de pronto, llegó un paje todo sofocado diciendo que su perra había dado a luz un niño en lugar de un perrito. A tres niños nacidos en el mismo instante y tan idénticos entre sí, no se les podía separar. Así que el rey decidió que criaría a los tres como si fuesen todos hijos suyos. Ordenó hacer tres

cunas idénticas; y cuando los infantes estaban en sus cunas, nadie podía distinguir cuál era el de la reina, cuál el de la cocinera y cuál el de la perra. Esto preocupaba mucho al rey, pues no quería confundirse a la hora de nombrar heredero.

Los niños comenzaron a crecer y, aunque no se podía distinguir a uno de otro, daban señales de ciertas diferencias de carácter. Uno de ellos era vago y desobediente, el segundo era un glotón y el tercero era muy inteligente y obediente y además quería mucho al rey. Por esta razón, el rey le quería a él más que a los otros dos. Creía sinceramente que ése era ese su propio hijo y se inclinaba a hacer de él su heredero. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, sus dudas se acrecentaban, y él quería tener la certeza de que aquel que le sucediera en el trono fuera su propio hijo. Un día que el rey había salido a cazar al bosque, se encontró con la misma gitana que le había anunciado que iba a tener un hijo. Al verla, el rey se bajó del caballo y le dijo:

—Tú fuiste quien me aconsejó lo que debía hacer para tener un hijo; pero no tuvimos uno, sino tres, y ahora no sé cuál de ellos es mi propio hijo. Si puedes decirme cuál de los tres es mi verdadero hijo, serás muy bien recompensada.

—Eso es muy fácil —respondió la anciana—. Cuando los niños se porten mal, dadles unos azotes. Uno de los tres aceptará el castigo sin protestar, ése es el hijo de la perra, otro gritará y llorará, ése es el hijo de la cocinera, y el tercero intentará detener el brazo de su padre, ése es vuestro auténtico hijo.

Al hacer la prueba, el rey se vio desagradablemente sorprendido al descubrir que aquel que más le quería no era su verdadero hijo. Para poderlos reconocer en el futuro, el rey ordenó que a cada uno de ellos le colocasen en la muñeca una cinta de distinto color. Azul a su propio hijo, blanca al de la cocinera y roja al tercero. Así pudo ponerles un nombre a cada uno, pues hasta entonces le había sido imposible, por temor a confundirlos. A partir de aquel momento, el príncipe se llamó Arpad, el hijo de la cocinera, Janos, y al tercero le pusieron el nombre de Gojaver.

Cuando los muchachos fueron mayores, el rey los llamó un día y les dijo:

—Ahora ya sois hombres. Es hora de que conozcáis el mundo. He decidido que mi heredero será aquel de vosotros que vaya más lejos y me traiga algo que yo no haya visto en mi vida. Id a la cuadra y escoged los caballos que queráis.

La orden del rey no fue del agrado de Arpad ni de Janos, en cambio Gojaver dijo:

—Nuestro padre tiene razón, hagamos lo que dice y marchemos por esos mundos.

Así pues, los tres partieron juntos de viaje. Cabalgaron hasta que llegaron a un hermoso jardín cuyos árboles daban ciruelas de plata. Arpad cogió una y exclamó:

—Estoy seguro de que mi padre nunca ha visto una ciruela como ésta. Se la llevaré y seguro que me nombrará su sucesor —y diciendo esto, dio media vuelta y regresó al palacio.

—Qué tonto he sido —dijo Janos— de no haber cogido yo una de estas ciruelas antes que Arpad. Estaría ya de regreso a palacio y yo sería el sucesor.

—¡Quién sabe! Tal vez haya en el mundo cosas más raras que ciruelas de plata —contestó Gojaver alegremente.

Los dos hermanos continuaron el viaje hasta que llegaron a un huerto que era aún más prodigioso que el anterior. Allí había manzanas, no de plata, sino de oro. Al verlas, Janos cogió una apresuradamente y dijo:

—Esto es mejor que una ciruela de plata. Mi padre no ha podido ver nunca nada semejante —y diciendo esto, espoleó a su caballo y regresó a palacio.

Gojaver se encogió de hombros y continuó su camino solo. Cabalgó durante mucho tiempo hasta que, sin darse cuenta, se encontró en un extraño bosque. Los árboles, los arbustos, las flores y la hierba eran todos de diamante y piedras preciosas. Todo el bosque brillaba como el sol y resplandecía como el arco iris. En el centro del bosque había un magnífico castillo de oro. Sus muros estaban adornados con piedras preciosas y sus ventanas eran del más puro cristal. Pero delante del castillo había algo más extraño aún. Sentada en un alto trono había una horrible bruja, que tenía un sable en una mano y una enorme trompeta en la otra. Su cabeza estaba cubierta por una corona de oro y diamantes. Gojaver se escondió rápidamente tras un árbol para que la bruja no le pudiese ver, diciéndose:

—Seguro que mi padre no ha visto nunca nada semejante —y se inclinó para coger una flor de diamante; pero tan pronto como la tocó, la planta exhaló un gemido.

—No me cojas —dijo la flor—, que te vas a herir.

Gojaver retiró su mano al punto. Entonces, quiso arrancar un brillante de



una ramita de un árbol y tan pronto como lo tocó el árbol gruñó:

—¡No la arranques, que te vas a herir! —y Gojaver retrocedió, pensando cómo se las arreglaría para llevar a su padre algún testimonio de que había estado en el bosque de diamantes.

Se inclinó de nuevo para coger una simple hoja de hierba que era toda de diamante; pero la hierba, con dulce voz, le suplicó:

—No me cojas, Gojaver. Vete a casa y no le digas a nadie lo que has visto. Pídele a tu padre que te dé el viejo uniforme que vestía cuando era joven, y dile que te dé también su espada y su viejo caballo. Cuando lo tengas todo, ven de nuevo, y serás muy rico y afortunado.

Ni que decir tiene que Gojaver obedeció y, sin coger nada, montó en su caballo y emprendió el camino de regreso al palacio. Cuando Arpad llegó, llevando a su padre la ciruela de plata, éste le dijo:

—En verdad, hijo mío, no has ido demasiado lejos para encontrarla. El huerto de las ciruelas de plata está a un tiro de piedra de las fronteras de nuestro reino. Cuando yo tenía tu edad, tenía la costumbre de ir allí cada mañana.

Al día siguiente, cuando Janos llegó con la manzana de oro, el rey le dijo:

—Hijo mío, ¿llamas a esto viajar por esos mundos? El huerto de las manzanas de oro no está muy lejos de las lindes de nuestro reino. Cuando yo tenía tu edad, iba allí casi todas las tardes.

Los príncipes se quedaron desilusionados con la respuesta de su padre y se arrepintieron de no haber ido más lejos, temiendo que Gojaver trajera algo mejor que ellos, así que se alegraron mucho cuando, al día siguiente, el tercer hermano se presentó sin traer nada a su padre. Sin embargo, Gojaver dijo al rey:

—No he encontrado nada que no hayáis visto antes, padre. No obstante, quiero marcharme de nuevo y aventurarme aún más lejos. Pero para ello os pido que me deis vuestro viejo uniforme, la espada con la que luchabais de joven y el viejo caballo que montabais en aquellos días.

El rey le dijo que encontraría el uniforme y la espada en el desván; en cuanto al caballo, le dijo que era tan viejo que no valía para nada. Gojaver le dio las gracias por todo y se fue al desván. El uniforme estaba hecho jirones, pero cuando Gojaver lo arregló y se lo puso, le quedaba como hecho a su medida. Limpió

la oxidada espada, se la ciñó a la cintura y se fue a la cuadra. Allí encontró al viejo caballo, que estaba cojo y casi ciego, de modo que no pudo montar en él y lo tuvo que llevar de la brida. Nada más salir del castillo, el caballo relinchó con voz humana:

—Haz una hoguera, Gojaver —dijo—, y dame de comer llamas.

Gojaver quedó atónito de la sorpresa, pero hizo lo que el caballo le decía, y en cuanto el animal hubo engullido una rama encendida, dio un brinco y se convirtió en un espléndido corcel negro, cuya piel brillaba como la seda.

—Monta sobre mí, Gojaver —relinchó el caballo—, pero agárrate bien, que vamos a volar como el viento.

Gojaver saltó a la grupa del caballo, y en un abrir y cerrar de ojos dejaron atrás el jardín de las ciruelas de plata y el huerto de las manzanas de oro, y antes de que Gojaver pudiera darse cuenta, se encontró en el bosque de diamantes.

—Ahora ve con cuidado, Gojaver —dijo el caballo—, la bruja que está sentada en el trono es Jezibaba; ella es quien ha encantado al señor del castillo de los diamantes y los ha convertido a él, a su hija y a sus criados en árboles, flores y hierbas. El dueño de este castillo es un viejo amigo de tu padre. Tu padre ignora la desgracia que ha caído sobre ellos. Debes liberarlos, pero antes has de matar a esa malvada bruja. Cuando no te vea, salta sobre ella y arrebatáale la espada y la trompeta. Debes hacerlo muy rápido para que no le de tiempo a coger la espada ni a tocar la trompeta. Si eso sucediera, sería tu fin.

Gojaver esperó a que la bruja le volviera la espalda y entonces cogió rápidamente la espada y la trompeta y, antes de que la bruja pudiese darse cuenta de lo que sucedía, cayó fulminada, y la corona de oro y diamantes rodó por el suelo. En aquel momento, el bosque de diamantes desapareció y en su lugar aparecieron una multitud de personas. Había cocineros, pajes, sirvientes, caballeros y palafreneros, y todos gritaban de júbilo. De pronto, una de las ventanas del castillo se abrió, y el rey y una adorable princesa aparecieron en ella.

—¡Mi corona de diamantes! —gritó el rey— ¡Que alguien me la traiga!

Gojaver cogió la corona de diamantes y se la llevó al rey.

—¿Quién eres tú —preguntó el rey—, que has conseguido liberarnos después de tantos años de encantamiento?

—¿No reconocéis estos vestidos y esta espada, señor? —respondió Gojaver.

—Claro que sí —dijo el rey—, son los vestidos y la espada de un viejo amigo. ¿Acaso eres su hijo?

—Así es —replicó el príncipe—. Me llamo Gojaver.

—Gojaver —dijo entonces el rey—, sería un honor que aceptaras la mano de mi hija.

Gojaver se había quedado prendado de la princesa, pero dijo al rey que tenía que pedir permiso a su padre para casarse. El rey aprobó este proceder y, sacando de su dedo un anillo de oro, se lo dio y le dijo:

—Enséñale este anillo a tu padre y dile que el hombre que te lo ha prestado quiere darte a su única hija por esposa. Verás cómo está de acuerdo.

Gojaver se puso el anillo en el dedo y, volando a lomos de su caballo, no tardó mucho en llegar al palacio de su padre. Antes de entrar en la cuadra, el caballo le dijo:

—Ahora volveré a ser el caballo viejo y ciego que era, pero antes de irte, arranca un pelo de mi crin. Cuando me necesites, frótalo entre los dedos e inmediatamente estaré a tu servicio.

Gojaver así lo hizo. Después se presentó ante su padre y le dijo:

—No os traigo nada que no hayáis visto antes, padre. Sin embargo, os enseñaré algo que, seguramente, conoceréis muy bien —y diciendo esto, sacó el anillo de su dedo y se lo mostró a su padre.

—¿Cómo? ¡Este es el anillo de mi más querido amigo! —exclamó el rey— ¿De dónde lo has sacado?

Cuando Gojaver le contó lo sucedido, el rey pensó que sería mejor que la hija de un rey tan rico y poderoso se casase con su verdadero hijo y no con Gojaver, así que en cuanto éste se marchó, llamó a Arpad y le dijo:

—Ve a la cuadra, coge el caballo que se llevó Gojaver y déjale que te lleve a donde él quiera.

Arpad fue de mala gana a la cuadra donde el viejo caballo estaba tumbado en el suelo e intentó levantarlo, pero no pudo. Colérico, le pegó con su fusta. En aquel momento, Gojaver pasaba por allí y le dijo:

—¿Por qué maltratas a este pobre animal?

—Porque no quiere ponerse de pie —replicó Arpad enojado—. Nuestro padre me ha ordenado que me vaya con él por esos mundos.

Gojaver comprendió enseguida que su padre no quería que se casase con la hija de su amigo. Se entristeció mucho, pero como sentía un profundo respeto por su padre, dijo a su hermano:

—Haz lo que nuestro padre te ha ordenado, pero no le des de comer avena al caballo. Haz fuego y aliméntalo con las llamas.

—¡Qué cosa más ridícula! —replicó Arpad.

—¡Haz lo que te digo! —insistió Gojaver— No es un caballo corriente. Si le das de comer fuego, te llevará a donde nuestro padre quiere.

Arpad decidió hacer lo que su hermano le decía. Hizo fuego, dio de comer las llamas al caballo, y el viejo caballo se transformó de nuevo en un espléndido corcel. Arpad lo montó y se fue volando. El corcel le llevó al castillo de diamantes. El rey vio llegar al jinete desde su ventana y, pensando que era Gojaver, se apresuró a salir a su encuentro. La princesa también acudió a darle la bienvenida. Cuando Arpad la vio, se quedó paralizado. Nunca había visto una muchacha tan hermosa.

—¡Bienvenido seas! —dijo el rey a Arpad— Tu padre te envía de nuevo, lo que quiere decir que acepta que te cases con mi hija, ¿no es cierto?

Arpad, desconcertado, no contestó.

—Entonces podemos celebrar las bodas en el acto —dijo el rey—; pero antes devuélveme mi anillo.

—¿Qué anillo? —preguntó Arpad atónito.

—El que te presté para que se lo enseñaras a tu padre —replicó el rey severamente—. ¿O es que tu padre no te lo ha devuelto?

—Mi padre no me ha dado nada y, de todas maneras, yo no he visto nunca vuestro anillo —dijo Arpad.

El rey montó en cólera.

—¡Eres un embustero! —gritó— No permitiré que te cases con mi hija y te enviaré a las mazmorras.

Y, dicho y hecho, dio orden a sus sirvientes de que le encerraran en una mazmorra. Mientras tanto, el padre de Arpad esperaba en vano noticias de su hijo.

Pasaban los días y Arpad no daba señales de vida. Su padre comenzó a inquietarse y, tras mucho dudar, llamó a Gojaver y le dijo:

—He enviado a tu hermano a ver a mi viejo amigo el rey, pero tarda en regresar y tengo miedo de que le haya sucedido algo. De vosotros tres, Arpad es el único que es verdaderamente mi propio hijo. Nacisteis los tres al mismo tiempo, pero sólo él tiene mi sangre. Perdona que te haya engañado, pero prefería que fuese él quien se casase con la hija de mi amigo. Ayúdame a encontrar a mi hijo, por el amor de todas las cosas buenas que he hecho por ti —y entonces le relató todo lo sucedido con el pescado.

Gojaver le escuchó en silencio y, cuando el rey terminó con su relato, le besó la mano y se marchó. Tan pronto como salió del castillo, sacó el pelo de crin y lo frotó entre sus dedos. Al punto, el fogoso corcel apareció ante él. Gojaver montó en su grupa, se fue hasta el castillo de diamantes y se presentó ante el rey. Cuando éste le vio, exclamó enojado:

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has conseguido escaparte de las mazmorras?

—Me envía mi padre a devolveros el anillo que me prestasteis —contestó Gojaver a la par que se lo daba.

—¿Pero no dijiste que nunca lo habías visto? —preguntó el rey asombrado— Ésa fue la razón de que te enviara a las mazmorras.

—Ése no era yo, sino mi hermano Arpad. Somos tres hermanos y nos parecemos como tres gotas de agua. Arpad vino aquí en mi lugar y, en verdad, no sabe nada del anillo. Es inocente, y os suplico que lo pongáis en libertad —contestó Gojaver; y después le contó al rey todo lo sucedido.

El rey ordenó que pusiesen a Arpad en libertad inmediatamente, y éste se puso tan contento que sólo manifestó el deseo de regresar lo antes posible junto a su padre. Le suplicó a Gojaver que le prestara su caballo y se disculpó por no poder asistir a su boda con la princesa.

Y así Gojaver se casó con la hija del rey de los diamantes y ambos fueron muy felices y tuvieron muchos hijos, todos tan buenos y tan nobles como su padre.





## Índice de las fuentes

Las versiones de los relatos incluidos en este volumen han sido realizadas expresamente para esta edición. Para hacer la adaptación de los relatos se ha partido de las siguientes fuentes:

- «El origen del violín» procede de *Volksdichtungen der siebenbürgischen un südungarischen Zigeuner*, recopilado por Heinrich von WISLOKI (1890), editado en castellano en *El palacio de los cuentos*, vol. VIII, de V. DIEDERICHS, traducción de José Miguel Rodríguez Clemente (Barcelona: Círculo de Lectores, 1996), y posteriormente en *Quince mundos* de Teresa DURÁN (Barcelona: Graó, 2002).
- «La princesa encantada» procede de «La rana encantada», contado por Catherine Philippo en Toronto (Canadá) en 1982, registrado en romaní y traducido al francés por Chantal Hilaire.
- «La creación» fue registrado en inglés por Ron Barnes en Auckland (Nueva Zelanda) en 1987.
- «Por qué los gitanos andan dispersos por todo el mundo» procede de *Russian Gipsy Tales* de Yefim DRUTS y Alexei GESSLER, traducción inglesa de James Riordan (Edimburgo: Canongate, 1986). Este cuento y los dos anteriores están incluidos en *Gipsy Folktales* de Diane TONG (1989), edición castellana *Cuentos populares gitanos*, traducción de Adolfo Gómez Cedillo (Madrid: Siruela, 1997).
- «El arbusto maravilloso» procede de «Cuento del hermano tonto y el arbusto maravilloso», contado

por John Cöron en Cracovia hacia 1876, recogido en *Gipsy Folk Tales* de Francis Hinds GROOME (Londres: Hurst and Blackett, 1899), versión en castellano *Cuentos gitanos*, traducción de Ramón Martínez Castellote (Madrid: Miraguano, 1991). También está incluido en la selección de Diane Tong antes citada. De este último relato se ha suprimido la segunda parte.

- «Por qué los gitanos no tienen alfabeto» ha sido adaptado del catálogo Colors 42 (Milán: Mondadori, febrero-marzo 2001). Existe una versión muy similar en la selección de Diane Tong mencionada.
- «Los hijos del rey» ha sido adaptado de *Cuentos gitanos* de Marie VOŘIŠKOVÁ, traducción de Manuel Soto García (México: Queromón, 1968).
- Los poemas de la presentación han sido extractados de *Apuntes del dialecto «caló» o gitano puro* de Barsaly DÁVILA y Blas PÉREZ (Madrid, 1943).

En todos los casos en que ha sido posible, se ha solicitado el permiso expreso de los editores de las fuentes mencionadas para realizar esta edición. Pedimos disculpas por los errores u omisiones que se hayan podido producir.

Queremos dar las gracias a José Ramón del Barrio, responsable del Servicio de Documentación de la Fundación Secretariado General Gitano por la ayuda que nos ha prestado a lo largo de este trabajo.



Duque de Sesto, 40-42 ■ 28009 Madrid

☎ 914 310 280 ■ [www.fuhem.es](http://www.fuhem.es) ■ [rrey@fuhem.es](mailto:rrey@fuhem.es)

**C.E.I. y Primaria Domingo Jiménez Beltrán:** Paseo Bruno Solano, 2 ■ 50280 Calatorao (Zaragoza)

☎/Fax: 976 607 367 ■ [cprrcalatorao@aragon.es](mailto:cprrcalatorao@aragon.es)

**Centro Loyola (Garantía Social):** Azcoitia, 5 ■ 28044 Madrid

☎ 915 088 740 Fax: 915 088 741 ■ [centro.loyola@fuhem.es](mailto:centro.loyola@fuhem.es)

**Colegio Alkor:** Avenida Pablo Iglesias, s/n ■ 28922 Alcorcón (Madrid)

☎ 916 437 173 ■ [alkor@colegioalkor.com](mailto:alkor@colegioalkor.com)

**Colegio Begoña:** Emilio Gastesi Fernández, 46 ■ 28027 Madrid

☎ 913 673 757 Fax: 913 672 450 ■ [colegio.bego@fuhem.es](mailto:colegio.bego@fuhem.es)

**Colegio Cooperativa Dosparques:** San Anastasio, 4 ■ 28005 Madrid

☎/Fax: 914 739 985 ■ [dosparques@teleline.es](mailto:dosparques@teleline.es)

**Colegio Cooperativa Los Ángeles:** Prado de Acedinos, s/n ■ 28905 Getafe (Madrid)

☎ 916 960 843 Fax: 916 010 029 ■ [colegiolosangeles@colegiolosangeles.net](mailto:colegiolosangeles@colegiolosangeles.net) ■ [www.colegiolosangeles.net](http://www.colegiolosangeles.net)

**Colegio Covadonga:** Cadarso, 18 ■ 28008 Madrid

☎ 915 421 384 Fax: 915 423 028 ■ [colegio.covadonga@fuhem.es](mailto:colegio.covadonga@fuhem.es)

**Colegio Gredos San Diego-El Escorial:** Principal, 1 (urb. Los Arroyos) ■ 28280 El Escorial (Madrid)

■ [admi3@gredossandiego.com](mailto:admi3@gredossandiego.com) ■ [www.gredossandiego.com](http://www.gredossandiego.com)

**Colegio Gredos San Diego-Moratalaz:** Luis de Hoyos Sáinz, 170 ■ 28030 Madrid

☎ 917 723 811 Fax: 917 723 121 ■ [admi2@gredossandiego.com](mailto:admi2@gredossandiego.com) ■ [www.gredossandiego.com](http://www.gredossandiego.com)

**Colegio Gredos San Diego-Vallecas:** Avenida del Parque de Palomeras Bajas, 14 ■ 28018 Madrid

☎ 917 853 412 Fax: 917 853 822 ■ [admi1@gredossandiego.com](mailto:admi1@gredossandiego.com) ■ [www.gredossandiego.com](http://www.gredossandiego.com)

**Colegio Lourdes:** San Roberto, 8 duplicado ■ 28011 Madrid

☎ 915 180 358 Fax: 915 184 820 ■ [colegio.lourdes@fuhem.es](mailto:colegio.lourdes@fuhem.es)

**Colegio Madrigal:** Tolerancia, s/n. Urb. Loranca Ciudad Jardín ■ 28942 Fuenlabrada (Madrid)

☎ 914 863 851 Fax: 914 864 615

**Colegio Montserrat: Infantil-Primaria:** Juan Esplandiú, 2 bis ■ 28007 Madrid

☎ 915 737 507 Fax: 915 041 448 ■ [colegio.montserrat1@fuhem.es](mailto:colegio.montserrat1@fuhem.es)

**Bachillerato:** José Martínez Velasco, 1 ■ 28007 Madrid

☎ 915 744 091 Fax: 915 740 486 ■ [colegio.montserrat2@fuhem.es](mailto:colegio.montserrat2@fuhem.es)

**Colegio Santa Cristina:** Avenida de Portugal, 67 ■ 28011 Madrid

☎ 914 640 482 Fax: 915 264 927 ■ [colegio.santacristina@fuhem.es](mailto:colegio.santacristina@fuhem.es)

**Colegio Santa Cruz:** Miguel Fleta, 7 ■ 28037 Madrid

☎ 913 040 609 Fax: 913 270 590 ■ [colsantacruz@terra.es](mailto:colsantacruz@terra.es)

**Colegio Torrente Ballester:** Getafe, s/n ■ 28980 Parla (Madrid)

☎ 916 986 589 ■ [colegio.torrente.b@teleline.es](mailto:colegio.torrente.b@teleline.es)

**Cooperativa de Enseñanza Jose Ramón Otero:** Francisco Brizuela, 1 ■ 28011 Madrid

☎ 914 635 593 Fax: 914 644 276 ■ [presidente@jrotero.com](mailto:presidente@jrotero.com)

**Escuela Libre Micael:** Carretera de La Coruña, km. 21,300 ■ 28250 Las Rozas (Madrid)

☎ 916 375 287 Fax: 916 360 957 ■ [micael-waldorf@retemail.es](mailto:micael-waldorf@retemail.es)

**I.E.S. Vallecas-Magerit:** Antonio Folgueras, 27-29 ■ 28018 Madrid

☎ 914 780 023 Fax: 914 781 320 ■ [ies@vmagerit.com](mailto:ies@vmagerit.com)

**UCETAM (Unión de Cooperativas de Enseñanza de Trabajo Asociado de Madrid):**

San Bernardo, 97-99 ■ 28015 Madrid ☎ 914 480 622 Fax: 914 480 732 ■ [www.ucetam.es](http://www.ucetam.es)